
La virtud de la hegemonía americana

RAFAEL L. BARDAJÍ*

ESTE texto se basa en dos premisas íntimamente interrelacionadas: la primera, que allí donde los Estados Unidos de Norteamérica han intervenido con todo su poder y voluntad han tenido éxito y la situación resultante siempre ha sido mejor que lo que había antes de su actuación, e infinitamente mejor que si no hubieran intervenido. Nadie echa de menos hoy a Noriega en Panamá, por ejemplo; la segunda, que lo malo de Estados Unidos no es que sea hoy un imperio –aunque se trate de un imperio post-moderno o post-imperial– sino que no quiera serlo, pues el mundo se enfrenta a una serie de amenazas, riesgos y problemas cuya única perspectiva de solución sólo puede venir de la mano de los americanos. Eso sí, si de verdad se comprometen con una gestión directa y sostenida del nuevo entorno de seguridad global.

Lo bueno del nuevo imperio americano es que se trata de una entidad no construida sobre ganancias territoriales ni necesariamente sobre la coerción y el gobierno directo de la metrópoli sobre sus provincias o colonias, sino que se fundamenta sobre valores, actitudes y una visión concreta del futuro del mundo. Y, en ese sentido, las fronteras de este imperio no tienen por qué coincidir automáticamente con las fronteras nacionales de Norteamérica, al contrario. Todas aquéllas naciones en sintonía, *like-minded* como dicen los anglosajones, son parte intrínseca de este nuevo universo político-estratégico.

De lo que se trata, por lo tanto, es de asegurar que la voluntad americana de asumir su responsabilidad global, como protector de la estabilidad y la seguridad, como impulsor de la libertad de comercio y como

* Fundador del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES), ha sido Asesor Ejecutivo del Ministro de Defensa español entre 1996 y 2002. En la actualidad es Subdirector del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos.

inspirador de la democracia y el buen gobierno, va a seguir siendo una parte sustancial de su proyecto político de futuro. Ponerle freno y cortapisas a los Estados Unidos, en ausencia de una alternativa no sólo realista, sino mejor, es condenarnos a vivir en un mundo peor, más pobre y más peligroso para todos.

LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA SEGURIDAD

Los años 90 fueron como unas vacaciones estratégicas, un auténtico paréntesis de la Historia. Evaporada la confrontación Este-Oeste y desaparecida la URSS, cuanto sacudía al mundo eran unas guerras periféricas, conflictos étnicos y civiles, que, a pesar del enorme disgusto moral que representaban, eran percibidas por las sociedades occidentales como algo reprobable, pero lejano, guerras de otros. De hecho, la posibilidad de intervenir en las mismas para proporcionar ayuda humanitaria y apoyo a la paz era una opción que, por primera vez en muchos años, se podía tomar voluntariamente y no por necesidad. Nada vital había en juego en términos de intereses nacionales clásicos.

Sin embargo, el sueño del «final de la Historia» popularizado por el famoso politólogo americano Francis Fukuyama (1989) a finales de los 80, saltaría hecho añicos la mañana del 11 de septiembre del trágico año 2001. El ataque terrorista del 11-s hizo algo más que destrozarse las Torres Gemelas y un ala del Pentágono, acabó con el mito de un mundo volcado en la globalización y en la economía y nos transportó vertiginosamente al mundo de la política, de la violencia y de la guerra. El mundo que siempre ha sido, ahora con un nuevo rostro.

Esa nueva faz va a ser mezcla y confluencia de dos factores: por un lado, el terrorismo de alcance global, de inspiración religiosa fundamentalista, cuyo propósito es causar el mayor daño posible e intentar acabar con el estilo de vida occidental. Para Bin Laden y sus secuaces es la guerra santa, la *jihad*, su motivación y al mismo tiempo su ambición. Y de la *jihad* sólo cabe esperar una guerra total y sin cuartel.

El segundo factor, por otro lado, es la creciente diseminación de altas tecnologías y, más en particular, de aquellas relacionadas con la producción de armas de destrucción masiva, químicas, bacteriológicas, radiológicas y nucleares. Como se expresó Tony Blair sobre los atentados del

11-s, «lo verdaderamente sorprendente de los atentados no es que causaran la muerte a 3.000 víctimas inocentes, sino que si los terroristas hubieran tenido los medios a su alcance, habrían asesinado sin escrúpulos a diez o cien veces más». Sin barreras morales y con el deseo de imponer su ley religiosa y orden teocrático, la confluencia de armas de destrucción masiva y terrorismo internacional se vuelve el mayor peligro y amenaza de los próximos años. Como se expresó George W. Bush (2003, 159) ante los cadetes de West Point en junio de 2002, «El peligro más grave yace en el cruce peligroso de radicalismo y tecnología».

Aunque las imágenes del 11-s tienden a borrarlos, no se puede olvidar que los Estados Unidos se vieron sometidos, además, a una agresión con ántrax a través del servicio postal, semanas más tarde, añadiendo una fuerte dosis de estrés social y poniendo de relieve la naturaleza auténticamente disruptiva y desorganizadora de este tipo de agentes biológicos.

La combinación de terrorismo islámico suicida por un lado, con el espectro de un daño y destrucción de proporciones cuasi apocalípticas en el caso de los sistemas bacteriológicos y nucleares por otro, tendría como consecuencia un salto en el pensamiento estratégico norteamericano: en primer lugar, despejaría de una vez por todas la tradicional tentación aislacionista de los Estados Unidos. Como reconoce el prestigioso intelectual galo Pierre Hassner (2003, 85), el 11-s marcará a la opinión pública americana que se sentirá parte de un mundo hostil, amenazante e imprevisible, un mundo «del que no se pueden retirar ni acomodarse al mismo, sólo dominarlo o controlarlo»; en segundo lugar, frente a militantes suicidas que nada tienen que perder, se pondrá en tela de juicio la política de la disuasión, el arma psicológica con la que los Estados Unidos creían haber evitado comportamientos negativos o perjudiciales de la URSS y otros Estados durante la guerra fría. No se puede amenazar con quitar la vida a alguien que está en trance de perderla voluntariamente si con ello alcanza su meta y horror; en tercer lugar, frente al escenario de tener que encajar la muerte de miles de sus ciudadanos a causa de un acto terrorista, la necesidad de no esperar, sino de anticiparse y prevenir tamaño desastre, será percibida y argumentada como un requerimiento *sine qua non* en las nuevas condiciones de la seguridad, vitalmente dependiente de que Al Qaeda o asimilados golpeen de nuevo con consecuencias catastróficas.

Ante una amenaza que concentra en la sorpresa –y en muy pocas manos– una cantidad de destrucción incalculable, la defensa pasa, necesariamente, por la acción preventiva. El riesgo de no actuar es llana y simplemente excesivo. Como gráficamente lo expone el antiguo consejero de Ronald Reagan y asesor especial de Donald Rumsfeld, Martín Anderson (Millière, 2003, 61), «basta un sujeto para provocar un cataclismo [...]. Se trata de una cuestión de supervivencia de nuestra civilización [...]. Es por ello que es necesario plantearse actuar preventivamente en determinadas circunstancias: a quienes se inquietan ante la idea de una guerra preventiva y que no soportan ver esta idea en el centro de la doctrina Bush, hay que decirles que entramos en un mundo en el que detectar la amenaza en el momento cuando el enemigo está a punto de golpear es ya detectarla demasiado tarde».

Como el mismo Bush (2003, 108-109) dijo en su discurso sobre el Estado de la Unión, el 29 de enero de 2002, en la lucha contra el terrorismo «mi esperanza es que todas las naciones escuchen mi llamada y eliminen a los parásitos terroristas que amenazan a sus países y a nosotros. Muchos están actuando ya [...] puede que algunos se muestren tímidos frente al terror. No se equivoquen: si ellos no actúan, América lo hará [...] en la lucha contra el terror el tiempo no juega a nuestro favor».

Precisamente en ese discurso –que pasará posiblemente a la Historia como el discurso del «Eje del Mal»¹– el presidente Bush no sólo hablará de la inmediatez de la amenaza terrorista y de la urgencia en darle una respuesta eficaz, dará un giro verdaderamente revolucionario en su planteamiento del problema, apuntando no sólo a los autores de los atentados, sino a todos aquéllos que les den cobijo o les presten ayuda. Como escribían en los días siguientes dos de los máximos exponentes de los neoconservadores americanos, «Ha llevado la guerra contra el terrorismo más allá de la acción policial para capturar a los perpetradores del ataque del 11-s y la ha transformado en una campaña para poner fin a peligrosas tiranías e impulsar la democracia, haciendo del mundo un lugar más seguro para la gente libre» (Kagan y Kristol, 2002, 7). Sin mencionarlo explícitamente, Bush estaba poniendo fin al sistema westfaliano de estados Nación autónomos e independientes consagrado por la Carta de las Naciones Unidas. La soberanía tendría que entenderse de manera cualificada o

1. Para los entresijos de dicha formulación, véase la obra del speechwriter de George Bush, David Frum (2003).

condicionada a partir de ahora. John Ikenberry (2002), recogió muy bien la esencia de este cambio, aunque fuese para criticarlo: «La posesión de armas de destrucción masiva por regímenes despóticos, poco amistosos y descontrolados representa de por sí una amenaza a la que hay que dar respuesta. En la antigua era, los regímenes despóticos se recibían con lamentos, pero eran finalmente tolerados. Con la aparición del terrorismo y las armas de destrucción masiva, son ahora inaceptables [...] los gobiernos que fallan a la hora de comportarse respetablemente y en el cumplimiento de la ley perderán su soberanía...».

¿Por qué los gobiernos despóticos? Porque incapaces de enfrentarse abiertamente a la fuerza de los Estados Unidos, se ven como la mejor vía para que los grupos terroristas acaben accediendo a los materiales y sistemas de armas de destrucción masiva. Precisamente el escenario que se pretende evitar.

Junto a la guerra contra el terror, el otro elemento objetivo que configura el nuevo entorno de seguridad es el poder relativo de Norteamérica respecto a sus amigos y enemigos. Durante la década de los 90 los militares estadounidense habían venido desarrollando y experimentando con avances tecnológicos en el terreno de los sensores, ordenadores y comunicaciones, así como en la mejora de la precisión, letalidad y alcance de los sistemas de armas, entre otras cosas. El concepto de moda en esos años fue el de «revolución de los asuntos militares»². Con la llegada a la Casa Blanca de George W. Bush, el término en boga pasará a ser el de «transformación», en un intento de superar la dimensión tecnológica y abarcar su impacto en terrenos tan dispares como la orgánica, las doctrinas, la logística, la gestión de los recursos humanos y, en última instancia, las operaciones. La oficialización de la transformación quedará reflejada en la *Quadrennial Defense Review* que el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, publicará pocas semanas más tarde del 11-s.

El hecho es que el Pentágono le ofrece a su Comandante en jefe, el presidente de los Estados Unidos, unos ejércitos capaces de combatir y ganar en cualquier parte del mundo, tanto a un enemigo convencional (como el Irak de Saddam Hussein) como a fuerzas que utilizan estrate-

2. Hay una abundante bibliografía al respecto. Una buena introducción al tema puede ser Sloan (2002); en castellano se puede consultar los trabajos del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES) para el seminario de FAES «La RMA y España» mayo/junio de 2000 en www.gees.org, análisis nº 6.

gias asimétricas (los talibán y Al Qaeda en Afganistán). Las fuerzas armadas americanas dejan de ser «el escudo de la república» para convertirse en unidades expedicionarias de alcance global³.

Es más, la debacle del 11-s provocará un necesario aumento de los gastos de defensa en Estados Unidos (aunque también en otros países) que ahondará aún más la brecha militar entre América y el resto del mundo. Baste recordar que el Pentágono invertirá en sus ejércitos el próximo año casi 400 mil millones de dólares, cantidad que equivale a la suma de los presupuestos de defensa de los siguientes 14 países en el *ranking* militar. O, si se prefiere, Estados Unidos se gastará en el 2004 lo que España tardará 42 años en invertir en su defensa. En fin, Washington gasta 10 veces más que Londres –y el Reino Unido es la nación con mayor esfuerzo defensivo en Europa– o 6,5 veces más que Pekín.

En términos cuantitativos y cualitativos no cabe duda de que los soldados americanos son unos profesionales bien preparados para la victoria. Lo han demostrado en Irak y ya lo habían demostrado antes en Afganistán, campañas en la que se les auguraba una estrepitosa derrota. Y este hecho es muy importante porque hace de la retórica del presidente Bush un discurso basado en capacidades de acción muy reales y que refuerza la hegemonía americana en el mundo. No hay gobierno enemigo que no pueda ser represaliado llegadas las circunstancias. La geografía y la distancia ya no son un obstáculo insalvable.

LA VOLUNTAD DE AMÉRICA

Es innegable que los Estados Unidos de hoy son la *hyperpuissance* que decía el ministro de exteriores francés, Hubert Védrine. En el terreno militar, en el económico, en el cultural y en la voluntad política de actuar en el mundo. No siempre ha sido así. Durante años el ideal americano era, cuando se veían arrastrados u obligados a luchar, replegarse y volver a casa cuanto antes. A pesar de la popularización de debates acerca de América como Imperio, su mera idea y enunciación actúa como revulsivo en las elites políticas e intelectuales americanas, incluso en este momento. Su Historia y tradiciones hacen de la tentación del «compromiso selectivo»

3. Véase al respecto Viahos (2003).

(*selective engagement*) una opción política atractiva y constante ⁴ (Krauthammer, 1991). Lo auténticamente extraordinario es lo opuesto, la vocación de una presencia global y hegemónica de carácter permanente.

A Ronald Reagan el marco fijo, congelado por décadas, de la confrontación Este-Oeste no le permitió materializar una visión de Estados Unidos como potencia dominante. Simplemente, su «Imperio del Mal», tal y como calificó en su día a la URSS, representaba un freno objetivo, por muy decrepito que ya estuviera. George Bush padre nunca se sintió tentado por aventuras globales o imperiales, su gusto por la estabilidad y el orden se lo impedía y aunque con el final de la Guerra Fría estuvo cerca de poder planteárselo, pensó que la responsabilidad primordial del nuevo orden internacional no debía recaer en los Estados Unidos, sino en una ONU revivida, libre del tradicional veto soviético. Su rechazo de la Defense Planning Guidance, elaborada por Paul Wolfowitz en 1992 y en la que se argumentaba a favor de una estrategia de supremacía, resulta paradigmático a la vez que chocante.

Clinton llegó a la Casa Blanca con un entorno nacional e internacional envidiable. Su economía le permitía alardear de una política de reducción del déficit acelerada mientras que el país daba un salto cualitativo hacia la sociedad de la información y las nuevas tecnologías. En el ámbito internacional, los Estados Unidos disfrutaban lo que el agudo comentarista Charles Krauthammer (1991) definió como «el momento unipolar». Sólo América gozaba de todos los pilares modernos del poder, en lo militar, en lo económico y en la voluntad política. Al menos teóricamente, porque la práctica, finalmente, iría por otros derroteros. De hecho, la degradación política, moral y personal del presidente Clinton haría que Estados Unidos estuviera sobrado de cualquier cosa, excepto de voluntad política en el terreno estratégico e internacional. Bajo grandes declaraciones y planteamientos, la realidad de las dos Administraciones clintonitas era la de un poder poco atento, de actuaciones intermitentes, escasamente motivado para comprometer a los Estados Unidos y muy diluido en el complejo entramado de las instituciones multilaterales. El tardío y limitado compromiso con las guerras de la antigua Yugoslavia provocó una situación de horror de difícil solución; la política misilera

4. Para una elaboración teórica y sofisticada del «compromiso selectivo» pueden consultarse dos obras de reciente aparición: Art (2003) y Hirsh (2003).

contra Bin Laden no le produjo ningún resultado, como trágicamente se vio después; y la estrategia de esporádicos aguijonazos aéreos a Saddam Hussein tampoco le llevó a sitio alguno, articulando y sosteniendo una política de contención cada vez más erosionada ⁵.

George W. Bush, Bush hijo, tampoco dio muestras durante la campaña electoral del año 2000, de querer desarrollar desde la Casa Blanca una política de primacía, hegemónica o imperial. Más bien todo lo contrario. Sus planteamientos de entonces se sustentaban en las ideas del más puro realismo. Tal como dejó por escrito quien sería su Consejera de Seguridad Nacional, Condoleezza Rice (2000), los Estados Unidos actuarían allí donde sus intereses vitales o estratégicos se vieran en peligro y no se dejarían caer en la sobreexplotación clintoniana de los soldados americanos, desplegados en medio mundo en misiones de apoyo a la paz de dudoso carácter y beneficio y sí de claros costes y contraindicaciones para América. Nada en las palabras del candidato o de sus asesores podía llevar a pensar que Estados Unidos, con Bush hijo como presidente, iba a dejar de ser el «sheriff reticente» bien ilustrado por el hasta hace muy poco Director del Policy Planning Staff de Colin Powell, Richard Haass (1997). Pero sucedió el 11-s y eso cambió la visión y la actitud del presidente americano. Hoy las tropas estadounidenses están presentes en dos tercios de los países reconocidos por la ONU y en los dos últimos años han librado dos guerras, Afganistán e Irak.

Con su enorme potencial y sus despliegues en medio mundo, visto desde fuera es verdad que Norteamérica parece un Imperio. Sin embargo, es una potencia hegemónica mal preparada para aceptarse como tal. El debate sobre la guerra y el futuro de Irak es un buen ejemplo de la división interna, incluso en la misma Administración Bush sobre el papel y la naturaleza del compromiso americano. El debate sobre Irak en Washington es, en realidad, no tanto el planteamiento de lo que América debe hacer allí, sino de lo que América debe ser. Y hay dos escuelas básicas en liza a este respecto. La primera es la de los *realistas*, quienes justificaron el ataque por lo que el régimen de Saddam suponía de amenaza, real o futura. Personas como el vicepresidente, Dick Cheney, o el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, podrían adscribirse a esta corriente de pensamiento. Para ellos lo importante era eliminar una fuente de inseguridad para los

5. Una de las críticas más feroces y recientes de la continua actitud de Clinton puede encontrarse en Minister (2003).

Estados Unidos. Una vez resuelto este problema, porque Irak sin Saddam, por muy inestable que sea, ya no presenta el mismo dilema para la seguridad nacional americana, lo importante es acabar cuanto antes con la misión. No importan las condiciones de la post-guerra y de la estabilización en tanto no favorezcan un nuevo dictador con las mismas ambiciones que el depuesto Saddam Hussein. Pero para ellos lo importante son las ambiciones, no la naturaleza del poder en Bagdad. Para los *realistas*, por tanto, el papel de los Estados Unidos en Irak está casi acabado y el deber nacional es seguir luchando contra el terrorismo global en otras partes del mundo. Ésa es la verdadera guerra e Irak ha representado sólo un capítulo, una batalla, de la misma.

El otro núcleo de pensamiento es el de los *imperialistas democráticos*, más popularmente conocidos como neoconservadores. Para éstos, lo verdaderamente importante de derrocar a Saddam (aunque lo urgente fuesen sus capacidades y ambiciones en el terreno de las armas de destrucción masiva) era el factor de liberación y democratización que traería de la mano el cambio de régimen por la fuerza. Un Irak democrático y libre no sólo resultaría beneficioso para los sufridos ciudadanos iraquíes, sino que se convertiría en la semilla del cambio político y social en toda la zona de Oriente Medio, de Palestina a Arabia Saudí. La batalla última contra el terrorismo de alcance global, aunque de origen esencialmente musulmán y, sobre todo, saudí, se tiene que librar por fuerza en esta zona y sólo con un cambio profundo y no cosmético, similar al de la Alemania y el Japón de 1945, alimentado por los Estados Unidos con ideas, dinero y tropas se podría avanzar hacia un mundo más seguro. Para esta escuela, la estabilidad ya no es sinónimo de seguridad. De hecho, Oriente Medio es posiblemente la zona más estable del planeta desde hace años, pero eso no obsta para que también sea la fábrica de mayor riesgo para el resto del mundo en la forma del terrorismo islámico. Dentro de la Administración, al subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, se le asocia con esta opción y desde fuera, prácticamente todo los neoconservadores la subscriben y encuentran un buen altavoz en las páginas del *Weekly Standard* de Bill Kristol.

Ahora bien, una cosa es el consenso generalizado sobre Estados Unidos, el Golfo Pérsico y el Oriente Medio, y otra es el papel de América como Imperio global. Las reticencias a aceptar el término imperio son claras e importantes incluso entre los neoconservadores más puros. En

un reciente debate en la sede del American Enterprise Institute entre el historiador británico Niall Ferguson y el ensayista americano Robert Kagan, era curioso ver cómo el primero pedía que Washington asumiese lo que significa ser una potencia imperial y el segundo intentaba establecer fronteras nominalistas sobre lo que es y significa ser una superpotencia, una potencia hegemónica y un imperio ⁶.

NO HAY ALTERNATIVA A LOS ESTADOS UNIDOS

En sucesivas ocasiones el presidente George W. Bush ⁷ (2003, 158 y ss.) ha dicho que «América no tiene ningún Imperio que agrandar ni ambiciones territoriales que satisfacer», pero no por ello niega que el ejercicio de su poder es clave para la paz y el orden en el mundo (Schmitt, 2003). De hecho, cuando los Estados Unidos no han querido, sabido o podido jugar un papel predominante, al mundo le ha ido mucho peor que cuando han sido y actuado como una potencia intervencionista. Es un hecho incluso evidente para alguien tan crítico de la política de Bush como es el editor de *Newsweek*, Fareed Zakaria (2003): «En principio, el poder americano no sólo es bueno para América, es bueno para el mundo. La mayoría de los problemas de hoy –desde el terrorismo al sida pasando por la proliferación de las armas de destrucción masiva– se solucionarán no con menos compromiso americano, sino con más. La lección de los 90 –de Bosnia, Kosovo, Timor Oriental, Ruanda– es a todas luces que la acción americana, con todos sus defectos, es mejor que la inacción. Otros países no están simplemente preparados o son capaces, en este momento, de asumir los retos y la carga del liderazgo».

Éste sí que es un dilema real: no hay alternativas a la hegemonía americana. En primer lugar, los potenciales candidatos a rivalizar globalmente con los Estados Unidos no pueden resultar atractivos como líderes indiscutibles e indiscutidos. ¿Quién quiere tener a la China comunista como garante del orden global? Es más, como bien escribía Robert Kagan (1998, 26) en un premonitorio ensayo hace media docena de años, ni siquiera los franceses, que tanto argumentan a favor de la multipolari-

6. The United States Is, and Should Be, an Empire, a debate en www.AEI.org, 17 de julio de 2003.

7. Véase entre otros el discurso (Bush, 2003, 158) en West Point de 1 de junio de 2002.

dad, la desean realmente. «Lo que Francia, Rusia y algún otro realmente persiguen hoy no es una genuina multipolaridad, sino una falsa multipolaridad, una multipolaridad honorífica. Quieren la ficción de un partenariado igual en un mundo multipolar sin el precio y la responsabilidad que esa igualdad requiere».

Más allá del Estado nacional tampoco hay otras opciones. Por un lado, la UE sigue siendo débil y fragmentaria, al menos en todo lo tocante a su vertiente exterior y de defensa y si para constituirse como un polo alternativo se la hace pasar por una política antiamericana, será inexorablemente más débil y marginal. Los europeos no quieren dotarse de los elementos materiales para jugar un papel de líder creíble en el mundo porque presumiblemente no quieren gastarse el dinero en ello. Las Naciones Unidas por su parte se encuentran con obstáculos objetivos para hacer girar la agenda mundial a su alrededor. Por razones prácticas –no tienen la fuerza– y políticas –sus decisiones representan el juego de los intereses de los Estados miembros no los de una inexistente comunidad internacional–. Es más, un organismo cuantitativamente dominado por gobiernos no democráticos, cuando no tiránicos sin respeto alguno a los más básicos derechos elementales de las personas, poco puede ofrecer como altura moral y normativa.

Esta combinación de poder norteamericano y debilidad de los demás puede que sea la explicación de por qué la ciencia política se haya equivocado. Según el manual, cuando surge una superpotencia inmediatamente se genera un fenómeno de resistencia, una alianza, por parte de los débiles cuyo sentido es servir de contrapoder. Es el fenómeno del *balance of power*. Lo más sorprendente de la actual situación es que no se esté promoviendo algo así. El eje que Jacques Chirac ha intentado articular durante la crisis con Irak, París-Moscú-Pekín no deja de ser una mala broma como planteamiento de un triunvirato para el orden en el mundo.

En realidad, la mayor cortapisa al poder de América sólo puede provenir hoy de la misma América. La carga de la responsabilidad global –imperial– provoca miedo y resistencias. «Ser un poder imperial es más que ser la nación más poderosa o la más odiada de la Tierra [...] La pregunta no es si América es demasiado poderosa sino si es lo suficientemente poderosa» se interrogaba hace unos meses Michael Ignatieff (2003). De nuevo, el tono del debate sobre Irak es indicativo de este sentir. La petición de fondos extraordinarios por el presidente Bush, por valor de 87 mil millo-

nes de dólares, ha centrado la atención sobre el precio y el coste de las intervenciones y la política del cambio de régimen. Así y todo, la apuesta de Bush por la libertad y democracia en Irak marca la respuesta a este debate. «La respuesta es que podemos permitirnos cualquier política exterior que necesitemos oelijamos. Somos el país más rico del mundo, el país más rico que el mundo ha conocido jamás. Y somos más ricos hoy de lo que lo hemos sido antes. Contamos y mandamos no sobre menos sino sobre más recursos que nunca» (Muravchik, 1996).

Es verdad que para ejercer como Imperio, los Estados Unidos deberían adaptar buena parte de sus instituciones, incluidas sus fuerzas armadas. Pero el test último no recae sobre sus recursos y medios, sino sobre su voluntad.

UN IMPERIO POST-IMPERIAL

Quizá lo más importante sea reconocer que un imperio del siglo XXI no tiene por qué replicar a los imperios del pasado, sus políticas de coerción, de explotación económica y de engrandecimiento geográfico. Estados Unidos sólo puede ser un imperio post-imperial si nos atenemos a la noción clásica de Imperio.

Si Norteamérica fuese el imperio español del XVI, el francés del XVIII o el británico del XIX posiblemente no habría permitido el rechazo de Arabia Saudí a utilizar su suelo en la operación Libertad Iraquí o las frustrantes vacilaciones de Turquía, por donde supuestamente debía haberse abierto el frente norte que no llegó a ser. Para comprender la naturaleza de este nuevo imperio hay que reconocer que la cultura política americana es profundamente democrática y que está acostumbrada a aceptar la oposición como algo natural. Los valores americanos tienen que ser queridos y asumidos voluntariamente por lo que de positivo tienen para todo el mundo. Es decir, que la acción exterior y estratégica de Norteamérica no se basa en la coerción (salvo con los enemigos) sino en la persuasión y en la atracción⁸. Los americanos deben entender que su imperio tiene que ser capaz de represaliar a quien se le subleve, pero que debe basarse tanto

8. A este respecto debe consultarse la obra de Nye (2003). En cualquier caso al autor le sirve la necesidad de emplear tanto el *hardpower* como el *softpower* como crítica al presidente Bush, quien, en su opinión, está descuidando este último aspecto por su marcado unilateralismo, actitud que genera rechazo.

en la firmeza para la acción como en la bondad y benevolencia de su poder y en el hecho de que allí donde estén los americanos favorezcan la creación de riqueza, la revitalización tecnológica, el dinamismo social y, no es baladí, las prácticas democráticas y la libertad. Que normalmente es lo que han logrado con sus intervenciones.

Por otro lado, un imperio post-imperial no se debe basar en marcos geográficos, sino que sus fronteras son ideológicas. Tiene sentido en tanto que comunión de países que comparten los mismos valores y la misma visión acerca del futuro y del mundo. El interés común es servir a la causa de la libertad, defendernos de las amenazas a la misma y potenciar un marco de prosperidad global que la apunte y desarrolle. Blair dijo a sus ciudadanos que él no temía la unipolaridad, porque su país formaba parte de ese único polo de libertad que representaban los Estados Unidos. Los europeos que sufrimos la lacra del terrorismo, que podemos ser vulnerables ante las nuevas formas del terror, que compartimos fronteras con gobiernos inestables y no sujetos a las reglas del juego democrático, no deberíamos sentir resquemor ante la potencia americana. Porque no somos súbditos, sino parte de ese nuevo imperio cuya razón de existir es acabar con los enemigos de nuestras sociedades abiertas y permitir un clima de respeto y libertad para todos. La extensión de las buenas prácticas de gobierno y de la democracia es la única política imperial aceptable. Y es la que tenemos. Hay quien critica el «orden americano», pero la alternativa no es un supuesto e imposible «orden europeo», sino el desorden mundial. Y ésta es la pregunta que nos debemos hacer: ¿Qué preferimos para nosotros y nuestros hijos (Kaplan y Kristol, 2003, VIII), «un mundo de normas y convivencia civilizada, o un mundo en el que los dictadores no se sientan constreñidos para desarrollar armas de destrucción masiva ni tengan remordimientos por cometer agresiones externas o ayudar al terrorismo»?

BIBLIOGRAFÍA

- | | |
|---|--|
| <p>Art, Robert (2003): <i>A grand Strategy for America</i>, Cornell University Press, New York.</p> <p>Bush, George W. (2003): «Speech at the Graduation Exercises at West Point». En <i>We will prevail. President George W. Bush on War, Terrorism, and Freedom</i>, Continuum Press, Nueva York.</p> <p>Frum, David (2003): <i>The right Man: the surprise presidency of George W. Bush</i>. Random House, Nueva York.</p> | <p>Fukuyama, Francis (1989): «The End of History?» en <i>The National Interest</i>, verano.</p> <p>Haass, Richard (1997): <i>The reluctant sheriff: The United States and the world after the Cold War</i>, Council on Foreign Relations, Nueva York.</p> <p>Hassner, Pierre y Vaise, Justin (2003): <i>Washington et le Monde. Dilemmes d'une superpuissance</i>, Autrement, Paris.</p> |
|---|--|

RAFAEL L. BARDAJÍ

- Hirsh, Michael (2003): *At War with Ourselves*, Oxford University Press, Nueva York.
- Ignatieff, Michael (2003): «The burden» en *The New York Times Magazine*, 5 de enero.
- Ikenberry, John (2002): «America's Imperial Ambition» en *Foreign Affairs*, vol. 81, nº 5, septiembre/octubre.
- Kagan, Robert (1998): «The benevolent Empire» en *Foreign Policy* nº 111, verano.
- Kagan, Robert y Kristol, William (2002): «The Bush Era» en *The Weekly Standard*, 11 de febrero.
- Kaplan, Lawrence F. y Kristol, William (2003): *The War over Iraq. Saddam's tyranny and America's Mission*, Encounter Books, San Francisco.
- Krauthammer, Charles (1991): «The unipolar moment», *Foreign Affairs*, vol. 71 nº 1.
- Minister, Richard (2003): *Losing Bin Laden: How Bill Clinton's Failures Unleashed Global Terror*, Reignerer Publishing, New York.
- Millière, Guy (2003): *Ce que veut Bush. La recomposition du Monde*, La Martinière, Paris.
- Muravchik, Joshua (1996): *The Imperative of American leadership*, The American Enterprise Institute Press, Washington.
- Nye, Joseph (2003): *The Paradox of American Power*, Oxford University Press, Nueva York.
- Rice, Condoleezza (2000): «Campaign 2000: Promoting the National Interest» en *Foreign Affairs*, enero/febrero.
- Schmitt, Gary (2003): «Power and duty: US action is crucial to maintaining World Order», *Los Angeles Times*, 23 de marzo.
- Sloan, Elinor C (2002): *The Revolution in Military Affairs*, McGill-Queens University Press, Montreal.
- Viahos, Michael (2003): «Military Identity in the Age of Empire» en www.techcentralstation.com, 19 de junio.
- Zakaria, Fareed (2003): «The arrogant Empire» en *Newsweek*, 24 de marzo.